



**ARTURO
RUBINSTEIN**
Estrella
Celeste de
Música

RUBINSTEIN

Estrella

Celeste de

Música



PARIS era alegre. Luminoso y confiado, lo sorprendió el nuevo siglo. Un aire de musicalidad poética, presencia de Verlaine, circundaba el ambiente. La poesía cromática de luz, vibrando gloriosamente en las telas y pinturas impresionantes. Mujeres y champaña, generosos. Diversiones y espectáculos. Alborozo de vida. Vitalidad de crear. Afianzar estéticas y valores nuevos. Bohemia en derroche de juventud. Nombres desconocidos que más tarde iban a ser célebres. Picasso y las incursiones en el cubismo. Joseph Conrad y sus relatos magníficos. Paul Valery, poeta de sangre y cielo. Saint-Saens, representando el espíritu romántico francés, ya próximo a desaparecer, frente al empuje incontenible de la música de Debussy. Intérpretes patinados luego por constantes viajes. Pablo Casals y su sello de eternidades. Ysaye, el belga y el señor del violín. Encantadora bohemiana. Apetecida por un muchacho de dieciséis años. Cabellera abundante. Mirar de espada. De una simpatía subyugadora, se hizo familiar entre todos estos artistas de los primeros años del mil novecientos parisino. Era el joven, polaco y pianista. Talento de excepción. Se le escuchaba con frecuencia en los salones mundanos. En los talleres de pintores. En las buhardillas, refugio de artistas. Al interpretar, producía asombro. Más el pianista había abandonado el trabajo diario. La sólida disciplina requerida para mantener el rango de gran virtuoso. Pero, los años sonreían en juventud, talento y gracia al predestinado Ruby.

NO SE LLAMARA RUBY SINO ARTURO

En los círculos de bohemia de París, todos le conocían por el diminutivo de Ruby, más su nombre era Arturo Rubinstein. Había venido desde los Estados Unidos, a la capital francesa. En norteamérica su gira constituyó auténtico éxito. Desde su concreto inicial en Columbus, Ohio, se le señaló como un sobresaliente intérprete de Beethoven. En verdad, esta vez Rubinstein, muchacho de dieciséis años, ejecutó una sonata beethoveniana, con un poder de concentración admirable. Miraba hacia el cielo con los ojos entornados en éxtasis. La uña de uno de sus dedos pulgares, se enredó entre las teclas. La herida, sangra. Mancha en el teclado y en el suelo. El pianista toca en un estremecimiento divino. Al finalizar y bajar los ojos, la sangre le produce horror. Cae al suelo. Arturo Rubinstein se había desmayado.

Por estos años posteriores a 1900, la intensidad y locura parisien, le sacudían con violencia. No estudiaba, pero vivía. Todas las noches se acostaba tarde. Pronto vino la primera guerra mundial. Rubinstein, con el violinista Ysaye realizan juntos recitales en los campos del frente. La bohemia queda atrás. El muchacho simpático fué recuerdo y adoración en el círculo refinado de sus amigos. El mundo ahora, empezaba a admirar al gran Arturo Rubinstein. Al consorcio del piano.

EN LA CUSPIDE DE SU CARRERA

Rubinstein es de los artistas mejores cotizados en el mundo entero. Su categoría abarca campos diversos en la música. El de los conciertos. El de solista, con las más prestigiosas sinfónicas. El de los discos. Y por último, el cine, que lleva el

bre y figura del artista a los más opuestos y extraños públicos. Unas veces se le ha visto en la pantalla como protagonista. Tal es el caso de "Carnegie Hall". Otras, ha sido él quien ha tocado la música de "Canción de Amor", película basada en la vida de Schumann, o para el film "Siempre te he amado", interpretando aquí el segundo Concierto de Rachmaninoff. Pasó tres días en este trabajo. La compañía cinematográfica le abonó la suma de \$ 85.000 dólares, por él. De la grabación de esta misma obra de Rachmaninoff, en menos de dos meses, se vendieron más de 140 mil álbums. Y los discos suyos alcanzan en venta al año, arriba de un millón de dólares. Viaja de un continente a otro. El mínimo de ciudades anuales que visita, setenta y cinco.

EL ARTISTA ES EL REFLEJO FIEL DE SU PÚBLICO

Arturo Rubinstein es un conversador delicioso. Cultura y gracia revelan sus palabras. Una vez afirmaba que "cuando se situaba a un artista en un punto máximo, los públicos, tal vez sin quererlo, exigían a éste una perfección inguualable. Se llega hasta la tiranía. Quien sabe si el artista, agregaba Rubinstein, en ese momento, sufre de lumbago. O el sarampión le continúa haciendo la vida insuportable. O medita en la terrible verdad que es, el que se queme la casa cuando el seguro de incendio ha caducado. Nada de esto a los públicos le interesa. Los problemas humanos hay que desterrarlos. El artista, en este instante está obligado a mostrar la inspiración, mantenerse en extásis, en actitud divina. El artista se debe a su público".

Rubinstein sonríe y cuenta gran

número de anécdotas. Luego se torna serio y afirma: "Más otras veces es el auditorio el que crea el ambiente. El que permite que el instrumentista dé lo mejor de sí". Y nos cuenta que siendo muchacho, en su debut en Moscú, su éxito fué sensacional. Se le escuchó con todo respeto. Al final, aplausos que hicieron temblar las murallas. Gritos ensordecedores. Los fanáticos le llevaron en hombros a su camerín. Estaba, agrega Rubinstein, excitadísimo. Significaba, creía, algo trascendental para mi carrera. Quería telegrafiar a mi madre tal acontecimiento. Así se lo manifesté, al empresario. El experimentado manager, me miró con tristeza. Despiadadamente me dijo: "Cálmate muchacho... No es para tanto. Porque en esta ciudad reciben a todos los artistas exactamente igual como se han comportado hoy contigo".

El pianista Rubinstein sonríe con risa contagiosa. Habla entusiasmado de España, país que le dió el título de Español Honorario. Fué contratado para seis conciertos. Me quedé ocho meses, con un total de 140 presentaciones. -Se le cataloga como uno de los más fieles intérpretes de la música española. Precisamente, acerca del público español nos cuenta Rubinstein. "Una gran propaganda antecedió a mi debut, en una ciudad de Asturias. El teatro estaba repleto. En el auditorio un silencio ejemplar. Terminé la primera obra. No hubo aplausos. Ni siquiera cuchicheos. Igual actitud, cada vez más paplable y asustante, repetida en todo el programa. Sentía morir de espanto, confiesa Rubinstein. Finalizado el concierto, en la sala reinaba una quietud de cementerio ¿O es que he tocado en un templo de momias?, pensaba en este instante. Salté del piano. Huí al



Arturo Rubinstein, uno de los primeros pianistas de hoy.



Arturo Rubinstein es un conversador delicioso. Cultura y gracia revelan sus palabras. Una vez afirmaba que "cuando se situaba a un artista en un punto máximo, los públicos, tal vez sin quererlo, exigían a éste una perfección inguualable. Se llega hasta la tiranía. Quien sabe si el artista, agregaba Rubinstein, en ese momento, sufre de lumbago. O el sarampión le continúa haciendo la vida insoportable. O medita en la terrible verdad que es, el que se queme la casa cuando el seguro de incendio ha caducado. Nada de esto a los públicos le interesa. Los problemas humanos hay que desterrarlos. El artista, en este instante está obligado a mostrar la inspiración, mantenerse en extásis, en actitud divina. El artista se debe a su público".

Rubinstein sonríe y cuenta gran

sa contagiosa. Había triunfado en España, país que le dió el título de Español Honorario. Fué contratado para seis conciertos. Me quedé ocho meses, con un total de 140 presentaciones. -Se le cataloga como uno de los más fieles intérpretes de la música española. Precisamente, acerca del público español nos cuenta Rubinstein. "Una gran propaganda antecedió a mi debut, en una ciudad de Asturias. El teatro estaba repleto. En el auditorio un silencio ejemplar. Terminé la primera obra. No hubo aplausos. Ni siquiera cuchicheos. Igual actitud, cada vez más paplable y asustante, repetida en todo el programa. Sentía morir de espanto, confiesa Rubinstein. Finalizado el concierto, en la sala reinaba una quietud de cementerio ¿O es que he tocado en un templo de momias?, pensaba en este instante. Salté del piano. Huí al



Arturo Rubinstein, uno de los primeros pianistas de hoy.



EL PEQUEÑO ARTURO
a los 10 años de edad, asombra a los pianistas y críticos de Berlín.



CON SU ASPECTO ROMANTICO
el muchacho de 16 años toca ante los públicos norteamericanos.



TOCANDO
en la intimidad, para su familia.

Continúa

RUBINSTEIN...Continuación

camerín. No pude más y me desmayé. Cuando volví en sí estaba ante el empresario local. El hombre no pretendía ocultar su alegría. Abrazos y besos la exteriorizaban. ¡El éxito ha sido definitivo! gritaba el empresario y agregó: ¡Nunca el público estuvo tan enloquecido como en tu concierto! El enloquecido en ese momento era el propio pianista, que no sabía explicarse. ¡Vamos, gritó furioso Rubinstein, si no se han movido, no han aplaudido, ni protestado! Ese es precisamente el éxito, argumentó el manager. El crítico musical de esta ciudad ha enseñado al público que en los conciertos no debe aplaudirse. Es el aplauso una manifestación vulgar. Sólo el silencio profundo y religioso, puede exteriorizar admiración por el arte. Y tú Rubinstein has logrado el silencio del silencio”.

DE PADERWSKY A RUBINSTEIN

Figura romántica era la de Paderewsky. Hombre elegante y diplomático. Suave en su manera de tocar. Circunspecto y refinado en el trato. Rubinstein también es polaco. Nació en Varsovia en 1890. Figura de corte moderno, actual. Hombre correcto y franco. Vigoroso y alucinado en su manera de tocar. Chispeante de gracia. Picaresco y cordial en el trato. Su padre fué violinista. El muchacho en protesta rompió todos los violines que llegaron a sus manos. Quería ser pianista. Un buen día invita a un amigo violinista para que le escuche. Al finalizar la prueba, éste le dice: “Tienes talento. Trabaja y llegarás lejos”. El violinista era Bronislaw Hubermann, en ese entonces de once años de edad. Rubinstein contaba sólo cinco años.

Otro violinista le oye tocar en Berlín, siendo Rubinstein un niño de 9 años. Joseph Joachim, el famoso pe-

dagogo alemán. Su entusiasmo y esperanzas indescriptibles. El compositor Humperdinck y el violinista Eugene Ysaye, lo presentan al gran virtuoso del piano Eugene D'Albert. Con un poco de ironía, refiriéndose al otro pianista, el viejo Anton Rubinstein, dijo D'Albert: Este muchacho Rubinstein es nombre o talento? Ambas cosas contestó Ysaye. Y ordenó al pequeño Arturo que tocara en el piano y en el escenario, donde acababa de ofrecer su concierto D'Albert. Algunos críticos que permanecían en la sala conversando, apresuradamente tomaron asientos para oír al muchacho. Arturo por inhibición dejó de tocar. “Siga usted, siga usted, por favor, insistió D'Albert. Y Arturo Rubinstein realizó todo un concierto por casi tres horas seguidas.

Rubinstein es de los grandes pianistas contemporáneos. Formidable técnica. Sonido voluminoso. Calidades de color, sorprendentes. Poder de comunicación, electrizante. Desde Paderewsky a Rubinstein hay una distancia de fuego irreconciliable.

POR LOS RAMAJES DE SUS QUERENCIAS

Los años de bohemia de París, le fueron muy beneficiosos. El contacto con grandes talentos creadores influyó decididamente en su cultura. Viajes, edad y constancia, han enriquecido su mente y espíritu, con brillo de combustión mantenida. Las corrientes musicales actuales, le interesan en grado máximo. Fué uno de los divulgadores de Strawinsky. Protegió e impulsó el talento de Heitor Villa-Lobos, el brasileño de ritmo poderoso y personal línea melódica.

Rubinstein es conocedor profundo de la plástica. Ama los libros. Su figura, popular entre los libreros de una y otra ciudad. Le gusta vivir a plena anchura. No escatimarle a la

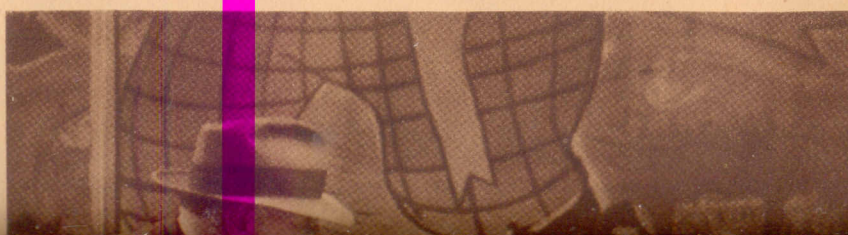
vida placer alguno. Aconseja huir de las vitaminas y las dietas dosificadas. Comer todo lo que se apetezca, en alegría de gozo. Y si te gusta, acostumbra decir Rubinstein, una hermosa rubia. No tengas miedo. Cásate con ella.

Esta falta de miedo lo llevó al matrimonio. Se casó con una rubia. La platinada Nela Mlynarski. Sus hijos, uno, Eva, ha nacido en Buenos Aires. El público y amigos argentinos le hicieron tantos regalos, que con ellos se podía hacer el “trousseau” de varias decenas de recién nacidos. Paúl, nació en Varsovia. Diez años después vino en el Oeste de los Estados Unidos, John Arthur. Completándose la lista con la traviesa Aline. Vive la familia en Hollywood.

Arturo Rubinstein, siempre preocupado de sus hijos. No olvida detalles. Desde el regalo de cumpleaños a los paquetes de sorpresas de la Noche de Navidad. Compra tantas orquideas para su encantadora esposa, como habanos para el regocijo del fumar.

La vuelta al hogar es de sus querencias más entrañables. “Mi ilusión más intensa fué, cuenta Rubinstein, al regresar a casa después de varios meses. Eva, mi hija mayor, entonces de dos años y medio, salió a recibirme con muestras de cariño inigualable. “Papá, papaito, quiero toques algo para mí. Música para mí solita”. Las lágrimas vinieron a mis ojos, la abracé con delirio. Anhelaba tocar como nunca antes lo había hecho. Rogué al cielo, continúa Rubinstein, a la Inspiración y a todos los poderes celestes. Me senté al piano. Antes de empezar, mi pequeña hija protestó:

—No quiero que toques el piano. No deseo oír piano, lo que quiero es oír música en la radio”.





*RUBINSTEIN
ama los libros con delirio.*



*MIRA LA VITRINA
buscando el juguete pa-
ra sus pequeños hijos*